

LA SINGULARIDAD DEL PERRATE DE UTRERA

Carlos Martín Ballester



Foto cedida por Estela Zatanía.

Cuando mi estimado José Luis Vargas Quirós, presidente de la Sociedad del Cante Grande de Algeciras, me solicitó participar con un texto de mi autoría en el homenaje que le quería tributar la revista Al-Yazirat a José Fernández Granados Perrate de Utrera, sentí un inmenso placer. Son muchas las razones, pero podrían resumirse en dos: además de ser uno de los cantaores de cabecera de quien esto escribe, su figura merece todos los reconocimientos por los méritos que atesoró en vida.

Perrate de Utrera forma parte de ese raro grupo de cantaores que generación tras generación, han ido pasando de aficionado a aficionado, cual tesoro compartido pero a la vez minoritario. Ejemplos de ello podrían ser las voces de Juanito Mojama, Isabelita de Jerez, Juan el Cuacua, El Borrico o Manolo Vargas. Intérpretes que si bien reunían valores muy diferentes entre sí, compartieron algo fundamental en todo gran cantaor: una personalidad única, arrebatadora. Para oprobio de la afición, no alcanzaron en vida un reconocimiento a la altura de su valía artística.

En la actualidad, tampoco han cambiado mucho las cosas: las estructuras flamencas con mayor o menor poder de decisión demandan cantaores polivalentes, bien

formados, de variado repertorio y amplios conocimientos. Me estoy refiriendo a esa amalgama formada por determinados programadores, gestores culturales y críticos, con cierta capacidad de influencia, los cuales han optado por un tipo de cantaor muy concreto. Todos esos valores apuntados anteriormente nunca podrán ser negativos, al contrario, pero es habitual que la mayoría de los cantaores que recurren a ellos suelen carecer de lo fundamental: un carácter único que impregne todos los cantes, esa capacidad expresiva que les hace diferentes desde el primer ayeo.

Todo ello y mucho más era lo que poseía, sin ostentación ninguna, Perrate de Utrera. Sus bulerías por soleá, seguriyas, bulerías o tangos se mostraban plenos de autenticidad en su voz de almibar, valiente a la hora de encarar los tercios, exquisito adentrándose en los vericuetos del cante.

¿Y qué decir de su soleá? Verdadero monumento al cante mejor dicho, sus versiones de Juaniquí, la Andonda, Talega o Joaquín el de la Paula entroncan indefectiblemente con su origen, pero a la vez huelen a nueva creación. Recreación, si se quiere, lectura personalísima, en todo caso. Con sus genuinos ligados, su voz flamenca y dulce a la vez se nos muestra como un material de primer orden al servicio de la soleá.

A las jóvenes generaciones les recomiendo que se asomen a su obra sin complejos ni ideas preconcebidas, que la expriman al máximo, de la misma manera que me acerqué a este gitano siendo chaval. Aún tengo en mi memoria la desgarradora entrevista que en el año 1985 le realizó Manuel Martín Martín en la revista Candil, cómo me sobrecogió y me llevó a escuchar todo lo que estuviera a mi alcance. Desde entonces me acompaña.

Es verdad que sí la tengo
una quejita con Dios
una quejita con Dios
y una quejita con Dios
lo que a mí me está pasando
no me lo merezco yo